ACADEMIA DE LOS GASTRONOMOS.

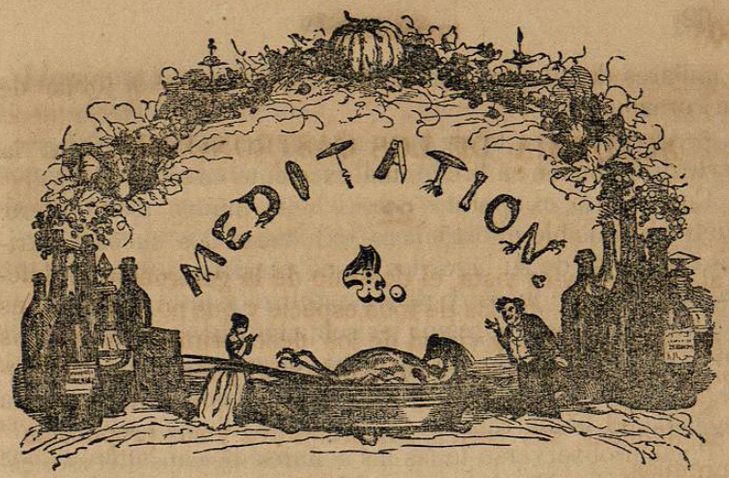
22.

Tal es, á primera vista, el dominio de la gastronomía; dominio fértil en resultados de toda especie y que no puede menos de agrandarse por virtud de los descubrimientos y los trabajos de los sabios que á cultivarle van; pues imposible es que antes del curso de pocos años la gastronomía no tenga sus académicos, sus cortes, sus profesores y sus propuestas de premios.

Primero un gastrónomo rico y celoso establecerá en su casa asambleas periódicas donde los teóricos mas sabios se reunirán á los artistas para descubrir y profundizar las diversas partes de la ciencia alimenticia.

En breve (y esta es la historia de todas las academias) intervendrá el gobierno, regularizará, protegerá, instituirá y aprovechará la ocasion de dar al pueblo una compensacion por todos los huérfanos que ha dejado el cañon, por todas las Ariadnas que la generala ha hecho llorar.

¡Feliz el depositario del poder que una su nombre á esta institucion tan necesaria! Será trasmitido á la posteridad su nombre, junto con el de Noé, de Baco, de Triptolemo y de otros bienhechores de la humanidad; será entre los ministros lo que Enrique IV es entre los reyes, y todas las bocas harán su elogio, sin que ningun reglamento lo mande.



DEL APETITO.

DEFINICION DEL APETITO.

23.

El movimiento y la vida ocasionan en el cuerpo vivo pérdidas continuas de sustancia, y el cuerpo humano, esta máquina tan complicada, quedaria pronto fuera de servicio si la Providencia no hubiera puesto en ella un resorte que le advirtiese cuándo sus fuerzas no se hallan ya en equilibrio con sus necesidades.

Este admonitor es el apetito. Entiéndese por esta palabra la primera impresion de la necesidad de comer.

Anúnciase el apetito con una ligera languidez en el estómago y una leve sensacion de cansancio.

Al mismo tiempo ocupan al alma objetos análogos á sus necesidades, recuérdase la memoria las cosas que han halagado al gusto; cree la imaginacion verlas; hay en esto algo que se semeja al soñar. No carece de deleite este estado;

á millares de adeptos hemos oido exclamar en el júbilo de su corazon:

—¡Qué gusto es tener buen apetito cuando tiene uno la certeza de hacer en breve una excelente comida!

Entre tanto, el aparato nutritivo se mueve todo entero: vuélvese sensible el estómago; exhálanse los sucos gástricos; múdanse de su lugar los gases interiores, con ruido; llénase la boca de jugos y pónense sobre las armas todas las facultades digestivas, como los soldados que no esperan mas que la voz de mando para ponerse en movimiento. Al poco rato vienen los movimientos espasmódicos, el bostezar, la molestia, el hambre.

Pueden observarse todas las señales de estos diversos estados en todo salon en que se hace esperar la comida.

Ellas son tan propias de la naturaleza, que la urbanidad mas exquisita no puede disimular sus síntomas; de donde he tomado este apotegma: "De todas las cualidades del cocinero, la mas indispensable es la exactitud."

ANECDOTA.

24.

Apoyo esta grave máxima con las particularidades de una observacion hecha en una reunion de que yo formaba parte,

Quorum pars magna fui,

y en que el placer de observar me libró de las angustias de la miseria.

Convidáronme un dia á comer en la casa de un alto magistrado. El billete de convite era para las cinco y media, y á la hora crítica todo el mundo se hallaba presente, pues todos sabian que aquel era puntual y regañaba á veces á los perezosos.

Al llegar extrañé el ver la consternacion que estaba pintada en el semblante de la concurrencia: hablábanse al oido, miraban al patio por entre los vidrios de la ventana; habia caras que manifestaban estupor. Algo extraordinario habia ocurrido, de seguro.

Lleguéme á uno de los convidados que juzgué mas capaz de satisfacer mi curiosidad, y le pregunté lo que pasaba.

—¡Ay! respondióme con el acento de la mas profunda afliccion, monseñor acaba de ser llamado al consejo de Estado; ahora mismo marcha y quién sabe cuándo estará de regreso.

—¿No es mas que eso? respondí aparentando una frialdad que estaba muy distante de mi corazon. Eso es negocio de un cuarto de hora á lo sumo; algun dato que se habrá ofrecido necesitar; sabido es que hoy hay aquí una comida de etiqueta, y no hay motivo para que nos hagan ayunar.

Así hablaba yo, pero allá en el fondo de mi alma no dejaba de sentir mi sobresalto, y algo hubiera dado por haber podido tomar mi sombrero.

La primera hora se pasó bien, sentóse cada cual junto al que trataba con mas estrechez, agotáronse los asuntos comunes de toda conversacion, y divertímonos en hacer conjeturas sobre la causa que habia podido hacer llamar á las Tullerías á nuestro querido anfitrion.

A la segunda hora comenzáronse á advertir algunos síntomas de impaciencia: mirábamonos todos unos á otros con inquietud, y los primeros que murmuraron fueron tres ó cuatro convidados que por no haber encontrado lugar donde sentarse no estaban en postura cómoda para aguardar.

A la tercera hora, el descontento fué general, y todo el mundo se quejó.

—¿Cuándo volverá? decia uno.

—¿En qué pensará? salia otro.

—¡Esto es para morirse! saltaba el de mas allá.

Y cada cual hacia, sin resolvérsela nunca, la cuestion siguiente:

—¿Nos iremos? ¿nos quedaremos?

A la cuarta hora todos los síntomas se agravaron: extirábanse los brazos á riesgo de sacar los ojos al vecino; oíase de todas partes bostezos á guisa de cantos; todos los rostros tenian los colores que anuncian la concentracion, y nadie me escuchó cuando me arriesgué á decir que aquel cuya ausencia nos tenia tan tristes era sin duda el mas desdichado de todos.

Distrájose un momento la atencion con una aparicion. Uno de los convidados, sugeto de mas confianza en la casa que

los demás, penetró hasta la cocina, de donde volvió espantado: su semblante anunciaba el fin del mundo, y exclamó con una voz apenas articulada y con ese acento sordo que donota á un tiempo el temor de hacer ruido y la gana de ser oido:

—Monseñor marchó sin dejar órden alguna, y tarde cuanto tardare, no se servirá la comida hasta que no vuelva.

Dijo: y no ha de ser mayor el efecto del juicio final que el pavor que aquella alocucion causó.

Entre aquellos mártires, el mas desventurado era el buen d'Aigrefeuille, á quien todo Paris ha conocido; su cuerpo

era un padecer, y su rostro era el dolor de Laoconte. Pálido, fuera de sí, sin ver nada, vino á tirarse en un sillon, cruzó sus pequeñas manos sobre su grueso vientre, y cerró los ojos, no para dormir sino para esperar la muerte.

Pero no vino la muerte. A cosa de las diez oyóse rodar un carruaje en el patio; levantóse á una todo el mundo. Sucedióse la alegría á la tristeza, y á los cinco minutos hallábamonos todos á la mesa.

Habíase pasado la hora del apetito; todos teniamos trazas de estar admirados de comenzar á comer á una hora tan indebida; no tuvieron las quijadas ese movimiento isócrono que anuncia un trabajo regular, y supe que varios convidados lo habian resentido.

La marcha indicada en caso semejante consiste en no comer inmediatamente que ha cesado el obstáculo, sino en tra-

gar un vaso de agua azucarada, ó una taza de caldo para consolar el estómago, en esperar después doce ó quince minutos, pues de otra suerte el órgano convulso se encuentra oprimido por el peso de los alimentos con que se le recarga.

GRANDES APETITOS.

25.—Cuando en los libros primitivos ve uno los preparativos que se hacian para recibir en una casa á dos ó tres personas, así como las enormes porciones que se servian á un solo huésped, con dificultad puede uno dejar de creer que los hombres que vivian mas inmediatos que nosotros á la cuna del mundo, no estuviesen tambien dotados de mucho mayor apetito.

Este apetito se consideraba que crecia en razon directa de la dignidad del personaje; y aquel á quien no se servia menos del lomo entero de un toro de cinco años, estaba destinado á beber en una copa cuyo peso con trabajo sostenia.

Algunos individuos han existido de entonces acá para dar testimonio de lo que ha podido pasar antaño, y las compilaciones están llenas de ejemplares de una voracidad apenas creible, y la cual se extendia á todo, aun á los objetos mas inmundos.

Perdonaré á mis lectores estos pormenores, harto repugnantes á veces, y prefiero contarles dos casos particulares de que he sido testigo y que no exigen de parte de aquellos una fe muy implícita.

Ahora cosa de cuarenta años fuí á hacer una visita volan-

te al cura de Breñier, hombre de grande estatura y cuyo apetito disfrutaba de fama en toda la comarca.

Aunque todavía era apenas mediodía, le encontré á la mesa. Habíanse llevado ya la sopa y el cocido, y á estos dos platos de reglamento habian seguido un jigote de carnero á la real, un capon bastante rico y una ensalada copiosa.

En cuanto me vió, pidió para mí un cubierto, que rehusé, y bien hecho, pues solito él y sin el auxilio de nadie despachó con mucha frescura todo, á saber: el jigote hasta el marfil, el capon hasta los huesos y la ensalada hasta el fondo del plato.

A poco trajeron un queso blanco bastante abultado, en el cual abrió una brecha angular de noventa grados; roció todo con una botella de vino y una carrafa de agua, después de lo cual descansó.

Lo que mas me gustó fué que durante toda esta operacion, que duró unos tres cuartos de hora, el venerable pastor no tuvo cara de afanarse mucho. Los gruesos pedazos que se metia en su boca profunda no le impedian ni hablar ni reir; y despachó todo lo que le habian puesto delante sin hacer mas ruido que si solo hubiese comido tres cogujadas.

Así tambien el general Bison, que se tomaba todos los dias ocho botellas de vino en el almuerzo, parecia que no tomaba nada: tenia un vaso mayor que los otros y lo vaciaba mas seguido; pero cualquiera hubiera dicho que no lo advertia, y así, tragándose diez y seis libras de líquido, no tenia mas trabajo para chancear y dar sus órdenes que si no hubiese debido beber mas que un garrafon.

El segundo caso me trae á la memoria al excelente general P. Sibouet, compatriota mio, edecan mucho tiempo del general Massena y muerto en el campo del honor en 1813, en el paso de la Bober.

Andaba Próspero en sus diez y ocho y tenia ese feliz apetito por medio del cual anuncia la naturaleza que se emplea en acabar un hombre bien constituido, cuando entró una noche en la cocina de Genin, hostelero en cuya casa los ancianos de Belley tenian la costumbre de reunirse, para comer castañas y beber vino blanco nuevo, que llaman mosto.

Acababan de sacar del asador un soberbio pavo, hermoso, bien preparado, dorado, de punto, y con un humillo capaz de sacar de sus casillas á un santo.

Los ancianos que ya no tenian hambre, no le hicieron mucho aprecio, pero las facultades digestivas del jóven Próspero sintieron su novedad; hízosele agua la boca y exclamó:

—Acabo de levantarme de la mesa, y apuesto á que me como ese pavote yo solito.

—*Sez vosu mesé z'u payo*, respondió Bouvier de Bouchet, rollizo arrendador que presente estaba; *é sez vos cacá an rotaz i-zet vo ket peré e me ket mezeré la retaz* (1).

Al punto comenzó la ejecucion. El jóven atleta desprendió con mucha soltura una ala, tragósela en dos bocados, después de lo cual hizo boca engulléndose el pescuezo del ave, y bebió un vaso de vino como por via de entreacto.

En breve arremetió á la pierna, comiósela con la misma frescura y despachóse un segundo vaso de vino para preparar las vias al paso de lo que quedaba.

En un pensamiento siguió el mismo camino la otra ala: desapareció, y el ejecutor, mas animado siempre, se habia apoderado ya del último miembro, cuando el infeliz arrendatario exclamó con voz lastimera:

— *¡He! ze vé pru qu'izet fotú; m'ez, monche Chibouet, poez kaet zu dev peét, lesé m'an a m'an mesiet on mocho* (2).

Era Próspero un tan buen muchacho como fué buen militar después: consintió en la súplica de su compañero, al cual todavía tocó el esqueleto bastante forrado, y pagó luego con muy buena voluntad el principal y sus indispensables agregados.

Complacíase mucho el general Sibouet en contar esta

(1) "Si usted le come, yo se lo pago; pero si se queda usted á medio camino, usted pagará y yo me comeré lo que quede."

(2) "¡Ay de mí! ya veo que es asunto concluido; pero caballero Sibouet, ya que he de pagarle, dejadme comer siquiera un pedazo."

Cito con gusto esta muestra del *patué* ó jerigonza del Bugey, en que se encuentra el TH de los griegos y de los ingleses, y en la vez *praou* y otras semejantes, un diptongo que no existe en lengua alguna y cuyo sonido no hay carácter conocido que pueda expresarle. (Véase el tercer volúmen de las Memorias de la Sociedad real de los Anticuarios de Francia.)